

ALBERTO MATEOS († 23 enero 1987)

El domingo por la noche, después de un fin de semana pasado en la provincia de Murcia, me entero de la muerte de don Alberto Mateos. Nada más llegar a casa, los periódicos, arrojados por debajo de la puerta, me dan la triste noticia. Las circunstancias singulares de mi vida en estos últimos meses (mi obligado exilio laboral lejos de Albacete, mi constante deambular de una provincia a otra, mi condición actual forzada de devora-kilómetros, con el trabajo a dos horas y media del hogar familiar) me ha hecho no estar presente en unos momentos en los que tendría que haber estado en la ciudad para despedir a un gran amigo y para acompañar a sus hijas y nietos en esos momentos amargos de sus vidas. En esa breve noche albaceteña apenas tengo tiempo para comunicarles mi pena por teléfono, a unas horas en que son imposibles las visitas, dormir un poco y, a las seis de la mañana, rompiendo apenas con el limpiaparabrisas la fiera oscuridad y la lluvia, partir de nuevo para mi trabajo en el Archivo General de la Marina, en la provincia de Ciudad Real, junto a Despeñaperros, desde donde, en esta tarde del lunes, también lluviosa y melancólica, escribo estas líneas en recuerdo de don Alberto, y que, sin que pueda evitarlo, me empujan también a la añoranza de estos últimos años pasados en Albacete.

Exactamente hace veinte años, en 1967, recién incorporado a mi trabajo en el Archico Histórico provincial de Albacete, conocí a Alberto Mateos, en casa de una amiga común, también dolorosamente desaparecida, Carmen Castellanos. Fue una tarde y una velada inolvidables. Hablamos de miles y miles de cosas interesantísimas para conocer el pasado de Albacete. De la mano de aquellos dos grandes conocedores del alma de la ciudad, me fui enterando, poco a poco, de algunos retazos valiosísimos de un pasado ciudadano entrañable, que era imposible conocer tan sólo a través de los legajos de los archivos. Las anécdotas chispeantes y graciosísimas, humanizadas por el ingenio y el recuerdo amoroso, se mezclaban con los datos más interesantes para la reconstrucción científica de la historia ciudadana. Me quedé fascinado ante el mundo que me abrían aquellos amigos y estoy plenamente seguro que desde entonces mi vocación hacia la historia local se había confirmado plenamente. En Alberto Mateos siempre tuve, desde entonces, no sólo a un amigo entrañable, sino a un auténtico colega profesional, como archivero, como historiador, como escritor, al que acudir en busca de consejo y, sobre todo, en busca de datos anecdóticos de Albacete, imposibles de encontrar en otro lado que no fuera en el pozo sin fondo, pero totalmente transparente y cristalino, de su memoria.

Durante estos veinte años nuestras relaciones han sido constantes y han cristalizado afortunadamente en algunas empresas conjuntas que era preciso realizar. Entre 1974 y 1977 todos los esfuerzos se cifraron en conseguir que la Diputación provincial publicara las obras olvidadas de su padre, el también archivero e historiador Rafael Mateos y Sotos. La empresa logró convertirse en realidad gracias al apoyo del presidente de entonces, Antonio Gómez Picazo. Presen-